

**LOS OLVIDADOS DE O CARQUEIXO** ▶ Loli Montoya personifica como nadie el conflicto por la concesión de viviendas sociales a familias gitanas. Nacida y criada en A Ponte y beneficiaria de un piso en el barrio, no se explica el rechazo que genera su realojo, reclama su derecho a vivir en una casa digna y pide «una oportunidad para convivir»

## «No somos perros; somos personas»

POR: MIRIAM QUIROGA  
FOTOS: J. VÁZQUEZ

**LOLI, GITANA, 26 AÑOS**, nació y se crió en el barrio de A Ponte, «debajo de una chabola en la Calzada». A los trece años se casó y desde entonces vive en una infravivienda en el poblado de O Carqueixo con su marido y sus tres hijos, de 14, 13 y once años. Cuando supo que su familia había resultado agraciada con la adjudicación de una vivienda social en A Ponte, se sintió «feliz» por regresar al barrio de sus orígenes, donde asegura que «nunca tuve problemas ni sentí racismo»; ahora, su alegría se ha tornado en desazón porque no entiende el rechazo que su realojo ha generado entre sus otrora vecinos: «No somos perros para que nos echen a la calle; somos personas como las demás y tenemos derecho a vivir en una casa digna. Queremos una oportunidad para convivir».

Hace dos horas que regresó a casa de hurgar y buscar chatarra entre las basuras; de revenderla, come toda la familia. «Hoy he conseguido 60 euros y he comprado comida para mis hijos. ¡No sabes lo que comen!», exclama. Después de vivir en este poblado de chabolas durante trece años, Loli espera que acceder a un piso cambie por completo sus vidas y los saque de la marginación: «Mi ilusión es tener una cocina, una lavadora y una bañera», dice. A nuestro lado mientras conversamos, Graciela, de 8 años, canturrea: «Los payos no nos quieren, los payos no nos quieren». «¡Porque dicen que armamos mucho escándalo!», es su inocente respuesta al inevitable por qué.

Cuando son informados de que el repudio vecinal se debe a la elevada proporción de personas de su etnia que se irán a vivir a las casas de ermín Rivera —25 de 50, aproximadamente—, la indignación de los habitantes de O Carqueixo se torna sorprendentemente en comprensión. Entienden que su integración plena pasa por convivir con payos y no por crear otro gueto en A Ponte: «No queremos hacer allí otro Carqueixo. Si vamos varias familias, va a haber problemas y entendemos que no nos quieran», reconoce Avelino Cortiñas, que pide un margen de confianza a los vecinos de A Ponte y a las administraciones: «Que convivan con nosotros y después, juzguen».

Este joven alega que en el poblado ya no hay droga y que la gente sobrevive de buscar y vender chatarra: «La droga era hace años; ahora no». Loli está de acuerdo, aunque denuncia que los trabajos «son todos de payos». Ella, rubia y blanca de piel, ha sufrido el racismo en sus carnes tan sólo al mentar sus apellidos: «Es decir Montoya Larral y ya sé la respuesta: no, gracias».

Otros vecinos del poblado son



La dignidad que esconde una chabola **La hora de la comida en casa de Loli y su familia**

Loli y su hijo Salvador, de once años, en la chabola que habitan en O Carqueixo. A pesar de las condiciones difíciles en que vive, Loli ha buscado soluciones para hacer habitable y acogedor un entorno casi infrahumano, y, con los sesenta euros que consiguió ayer vendiendo chatarra, hoy ofrece a su familia un menú «de lujo»: ensalada, patatas fritas y pechuga de pollo. Mañana, Dios y la suerte proveerán.

menos locuaces y dudán antes de hablar. Tras una llamada, asomán cuatro cabezas a la puerta. Son Juan Jiménez y su mujer, Sara Cortiñas, junto a dos de sus nietos. El matrimonio también ha conseguido una vivienda y anhela que en el sorteo les toque en Lamas de Prado porque está más cerca de la clínica de diálisis a la que Juan se ve obligado a ir cuatro veces por semana a causa

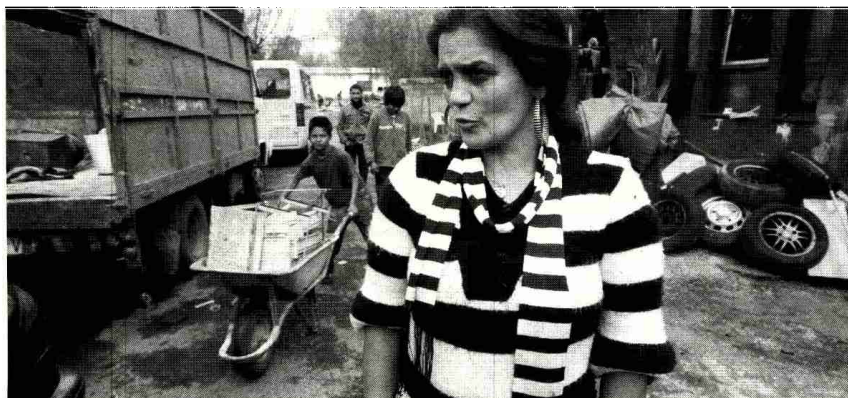
de su enfermedad. La mujer lo tiene claro: «Defenderemos nuestros derechos. No nos vamos a ir ahora que, después de tantos años y hartos de vivir en la miseria, podemos tener una casa digna. Podemos vivir como los payos».

A dos chabolas de la suya, junto a la chimenea encendida, varias mujeres fantasean sobre cómo serán las casas: ¿Tendrán lavadora,

señorita? ¿Estarán amuebladas?». Loli, en cambio, verbaliza su preocupación por cómo se las arreglará para pagar los mil euros que tendrán que desembolsar para hacer frente a los primeros gastos de luz, agua y comunidad: «Nos dijeron que, si no teníamos dinero, lo sacásemos del que nos dan cada seis meses para los niños, pero yo con eso los visto y calzo. No sé de dónde

voy a sacar dinero para pagar, pero lo que sí sé es que no voy a renunciar al piso porque quiero quitar a los míos de aquí», concluye.

Por último, un testimonio para alimentar la esperanza de que la integración es posible. Samantha, de 14 años y etnia gitana, ha crecido entre payos en un piso de la Rúa Trapero Pardo donde, asegura, «nunca he sentido racismo»



Convivencia **Graciela (8 años): «Los payos no nos quieren»**

Graciela es una niña de ocho años del poblado de Nazarét en O Carqueixo y que estudia en el colegio de As Mercedes y, a pesar de que asegura que en la escuela nunca se ha sentido distinta a los demás, tiene claro que «los payos no nos quieren».

A la pregunta de por qué cree eso, ofrece una respuesta tan inocente como ella: «Dicen que hacemos mucho escándalo, pero eso no es verdad». «Bueno, sólo a veces», reconoce.

Por su parte, otros vecinos del poblado se declaran «hartos de vivir en la miseria», al tiempo que reivindican su derecho a hacerlo «como payos» y piden «una oportunidad para convivir»

### El poblado. Un espacio degradado con unos 200 habitantes

El poblado de O Carqueixo es un espacio urbanístico fuertemente degradado, con condiciones de vida que rozan lo infrahumano. Sus vecinos, unos doscientas personas de etnia gitana, denuncian las lamentables condiciones higiénicas y sanitarias en que viven desde hace años, rodeados de coches quemados, basura y chatarra. Además de carecer de agua caliente y sufrir mal olor, aseguran que «convivimos a diario con ratas y cucarachas». Y sobre las viviendas, de unos 50 metros cuadrados, denuncian que «fueron construidas con carácter provisional, para unos cinco o diez años, y ya tienen 20».